

JUDÍOS Y MORISCOS EN LA OBRA DE JULIO CARO BAROJA

FRANCISCO J. FLORES ARROYUELO

Resumen:

Julio Caro Baroja dedicó parte de su obra historiográfica al estudio de los moriscos y los judíos, desde que en 1952 inició sus investigaciones etnográficas sobre el Sahara, a las que siguieron estudios sobre minorías étnicas marroquíes. En 1957 publicó sus investigaciones sobre los moriscos del reino de Granada, obra fundamental en la historiografía española del siglo XX como análisis de historia social. Del mismo modo, sus aportaciones al estudio de los judíos en la España moderna y contemporánea suponen una aportación definitiva para el conocimiento de las dificultades de supervivencia de los judíos a lo largo de nuestra historia.

Palabras clave:

judíos, moriscos, Julio Caro Baroja, Granada, Sahara, Marruecos.

Abstract:

Julio Caro Baroja devoted part of his historiography work to the study of the Moriscos and Jews, since in 1952 he began his ethnographic research on the Sahara, which was followed by studies on Moroccan ethnic minorities. In 1957 he published his research on the Moriscos of the kingdom of Granada, seminal work in Spanish historiography of the twentieth century as an analysis of social history. Similarly, their contributions to the study of the Jews in modern and contemporary Spain pose a definite contribution to the knowledge of the survival difficulties of the Jews throughout our history.

Keywords:

Jewish, Moriscos, Julio Caro Baroja, Granada, Sahara, Morocco.

La primera aproximación que tuvo Julio Caro Baroja a la cultura árabe, como él mismo nos ha dicho, fue debido a un factor externo, cuando en 1952, estando en Oxford, recibió una propuesta del coronel Díaz de Villegas, en aquellos momentos director general de Marruecos y Colonias, solicitándole, si era posible, que realizase un trabajo de carácter etnográfico sobre la población de las tierras del Sahara, la amplia franja africana que en aquel tiempo estaba bajo dominio español. Tras dejar a un lado los efectos de la sorpresa que dicho ofrecimiento le hizo, y después de tomarse un tiempo de reflexión sobre las posibilidades y los problemas que comportaba, y, también, de informarse en lo posible, para lo que se dedicó con empeño al estudio de los libros sobre el tema a los que tuvo acceso (desde las *guides bleu* hasta las obras del padre Foucauld, pasando por las de los hermanos Tharaud...), terminó presentándose a dicho jefe militar para comunicarle que estaba dispuesto a iniciar aquel viaje tan pronto lo creyese oportuno. Por su parte, tenía claro que debía hacer dicho viaje por una serie de motivos, como era lo que podía representar aquella oportunidad para un etnógrafo, y, también, por qué no, por los visos que tenía de aventura. Ya tomada la decisión, y tras cumplir con los rituales de los preparativos, una mañana de noviembre de aquel año, desde Barajas, y en compañía de Miguel Molina Campuzano y Manuel Melis Clavería, inició el viaje que le llevaría a residir en el Sahara hasta entrados los primeros meses del año siguiente, 1953.

Durante dicho espacio de tiempo, corto espacio de tiempo, como él mismo nos dijo, y cumpliendo de manera febril su trabajo, comenzó a reunir una copiosa documentación, que sobre todo fue obtenida sobre observaciones directas que fueron uniéndose a conversaciones sostenidas con muchos saharauis con los que tuvo ocasión de entablar relaciones y que comprendían desde las mantenidas con un jefe nómada hasta las que parecían más o menos accidentales con los muchachos que realizaban diversos servicios en las residencias en las que vivían: «La cuestión era observar la realidad desde la mayor cantidad posible de puntos de vista».

Y de dicho modo, poco a poco, fue reuniendo una infinidad de referencias y apuntes en sus cuadernos de notas, con los que vino a formar una especie de diccionario de las diferentes cabilas, de los nombres de los linajes, de antropónimos y topónimos, de cuadros genealógicos, etc., a los que fue añadiendo otras muchas referidas a vocablos que le llamaron la atención con su explicación y significado, y que fue matizando a lo largo de conversaciones sucesivas... Todo este cuerpo de información de primera mano pasó a quedar unido a las referencias obtenidas de los numerosos informes con datos inéditos que las autoridades militares de El Aaiún le fueron facilitando con liberalidad. Por otro lado, llevó un diario de todo cuanto oía y veía que pensaba que podía auxiliarle más adelante, cuando comenzase a redactar el trabajo compilatorio, al que unió las notas referentes al pasado de los saharauis que poseía y los dibujos que fue realizando y que pasaron a quedar unidos a mapas, planos, fotografías... Junto a todo ello, estaban las impresiones directas obtenidas en su retina en los viajes que hizo en un camión del ejército desde El Aaiún hasta Bir Nzaran y Smara.



Julio Caro Baroja, *Judíos de Tetúan*, Marruecos, 1955. Dibujo a tinta, 16 x 13 cm.
Colección particular.

Y de este modo, sobre todo este acopio de datos que, en un principio, le causaba una impresión caótica y le hacía dudar de la posibilidad de poder obtener un trabajo de síntesis que fuese válido, muy pronto, sobre la reflexión y el análisis, y una gran capacidad de síntesis, sintió cómo iba formándose en su mente un cuerpo proporcionado de ideas y nociones fundamentales, que podía, a su vez, comparar con el que se desprendía de los trabajos de autores que le habían precedido al tratar de la vida de los nómadas del Sáhara, llegando a poder diseñar una serie de líneas monográficas que debían girar en torno a los siguientes puntos: 1) El orden social tradicional en el Sáhara español, que estaba en consonancia con la importancia que los mismos saharauis otorgaban a las diferentes cabilas, y con ellas a las categorías sociales y relaciones entre individuos de categorías diferentes y sus fundamentos... 2) La economía del Sahel, íntimamente unida a lo recogido en el punto anterior, aunque expuesta con independencia. 3) Sobre proporciones concretas y datos facilitados en El Aaiún, así como por el trato directo que pudo tener con personas destacadas, pasó a realizar un análisis estructural de lo que debía ser comprendido por una cabila sahariana, la de los Ulad Tidrarin. 4) La dedicada a *Las formas de convivencia entre los nómadas*, con la que cerró la serie de temas de antropología social. 5) Un estudio histórico sobre el seij Ma el Aainin, santón sahariano de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX que había dejado una fuerte impronta en

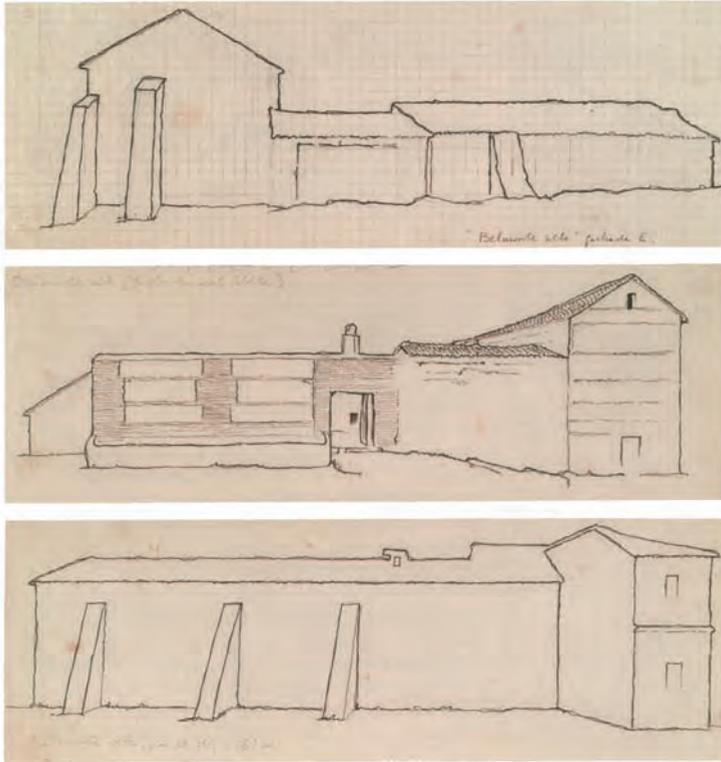
la memoria del pueblo saharauí. 6) Una compilación de relatos de las luchas entre cabilas y de alguna gesta guerrera. 7) Un análisis de las formas en que se presenta el hecho histórico entre los saharauíes, un pueblo con una tradición oral muy fuerte, pero carente de datos documentales. El compendio de dichas monografías llevaría el título de *Estudios saharianos*, que fue publicado en Madrid en 1955.

El resultado fue una obra monumental en la que, siguiendo enfoques y planteamientos en parte ofrecidos por Evans Pritchard, como el que dice que «se estudian problemas, no pueblos», comenzó a detallar lo que había de comprenderse de la vida social de este pueblo. Como tal trabajo, bien puede servir de ejemplo a cuantos pretenden iniciarse en la antropología social. Sin duda alguna, es el mejor documento ofrecido por España sobre la vida de aquellos hombres que poblaban el desierto sahariano occidental, lo que ha hecho que, en los momentos difíciles que han vivido una vez sucedida la implantación del dominio marroquí, tras haber sido dejados a su suerte por los políticos españoles de turno después de la descolonización, y hasta en nuestros días de 2005, sólo hayan podido tornar su mirada hacia este libro en busca del amparo que le podía ofrecer nuestro autor.

Junto a este trabajo singular, fruto de su dedicación al tema del Sahara, y en los años siguientes, Julio Caro Baroja publicó una serie de trabajos referidos a Marruecos en buena parte recogidos en los libros *Una visión de Marruecos a mediados del siglo XVI (La del primer historiador de los «xarifes», Diego de Torres)* y *Estudios mogrebíes*.

Sobre este tiempo de reflexión y conocimiento de las tierras africanas en que la presencia española todavía era viva, Julio Caro Baroja comenzó a dejar que su curiosidad le empujase a indagar en un momento del pasado español en que las formas de vida árabes habían sido las propias de una parte de España, e incluso habían pervivido de manera encubierta una vez que, tras ser considerados miembros de una nación, los árabes fueron expulsados a comienzos del siglo XVII

Y es que la imagen que le presentaba un país como Marruecos, al que volvió en diversas ocasiones en los años siguientes, sobre todo a Tetuán —ciudad de la que estuvo tentado de hacer un estudio de su vida cotidiana—, le condujo directamente a percibir lo que muy bien podía haber sido aquel pretérito español. Y es que Marruecos, con sus pueblos y ciudades y con su diversidad de paisajes, como nos dijo, se le mostraba como una replica de la península Ibérica, en la que, durante siglos, sus montañas también habían sido núcleos de resistencia y sus llanuras centrales y meridionales habían servido para que se formasen las ciudades y en ellas sobresaliesen las dinastías de carácter centralizador. Junto a todo ello, estaba la obra de Aben Jaldún, que ya en el siglo XIV había sabido ver que la cultura árabe entraba en un ciclo de anquilosamiento, y que, como tal, en Marruecos, dicha decadencia llegó a pervivir hasta que fue ocupado por los países colonizadores europeos en los siglos XIX y XX, y que a él le llevó a admitir que el estudio de algunos de sus aspectos muy bien podía ayudarle a comprender una buena parte de las vicisitudes históricas propias del pasado español en que aparecía la huella de la presencia propiamente

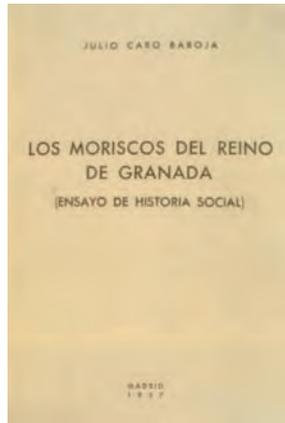


Julio Caro Baroja, diferentes vistas del cortijo de Belmonte Alto, Bujalance (Córdoba), 1950.
Dibujos a pluma 9 x 26,5 cm. Colección particular.

árabe, que, además, se había prolongado en los moriscos cuando pasaron a vivir en unas condiciones muy particulares.

Sobre aquellas apoyaturas, y la atracción que siempre sintió por Andalucía desde la primera vez que pisó su suelo, Julio Caro Baroja comenzó a analizar lo que fue y representó la presencia histórica de la minoría étnica de los moriscos, a la que se acercó en un primer trabajo sobre la visión que de ellos tuvo en Aragón el clérigo Pedro Aznar Cardona y que en 1957 le llevaría a publicar uno de sus trabajos fundamentales como historiador y etnógrafo, el titulado *Los moriscos del reino de Granada. Ensayo de historia social*. A esta obra se enfrentó desde unos conocimientos afianzados y enciclopédicos, y desde unos planteamientos etnohistóricos nítidamente separados de aquellos que se formulan bajo el dictado de las pasiones, tanto políticas como religiosas, que con tanta frecuencia, y durante siglos, han estado presentes a la hora de enfocar su análisis.

El contenido de este trabajo fundamental en la historiografía española comprende desde el momento de la desaparición del reino nazarita de Granada hasta los años posteriores a la expulsión de los moriscos, y su exposición se hace sobre



Cubierta de *Los moriscos del reino de Granada* (*Ensayo de historia social*), Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957. Colección particular.

un orden diacrónico en el que sobresalen amplias secuencias descriptivas, a la vez que se presta una gran atención a los textos que a lo largo de los siglos, y desde las más diferentes perspectivas e intenciones, se han escrito de manera tan artera como apasionada. Por su parte, Julio Caro Baroja, desde un escepticismo patente que le permitió vislumbrar con pulcritud la situación en que se encontraron los moriscos y las maneras en que vivieron, procuró mantenerse en todo momento en la distancia justa, lo suficientemente próximo y lo suficientemente separado, lo que al mismo tiempo le permitía ser receptivo y comprensivo con todo lo que había significado aquel problema; única forma de llegar a saber con seguridad una buena parte de lo que sucedió y la manera en que dicha situación se fue desarrollando hasta que acabó precipitándose en el drama que fue su expulsión.



Izquierda: Julio Caro Baroja, cuatro casas agrupadas, Yeguen (Granada), 5 de marzo de 1950.

Dibujo a pluma. 24 x 32 cm. Colección particular.

Derecha: Julio Caro Baroja, Ugíjar (Granada), 5 de marzo de 1950.

Dibujo a pluma, 24 x 16 cm. Colección particular.

En el primer capítulo se nos ofrecen unas reflexiones sobre los fundamentos de vida en que se apoyó la difícil convivencia que surgió de la nueva situación que sobrevino entre los castellanos, vencedores, y los moros, vencidos, que habitaban en una ciudad y un territorio muy concretos, Granada y su reino, y que hasta el momento de la rendición pactada habían estado sostenidos en función de relaciones muy diferentes, tanto cuando se manifestaban desde el enfrentamiento abierto, como después de haber sido absorbidos los moros al llevar a unos nuevos límites la frontera que los separaba. Las capitulaciones que se dictaron en aquel momento estaban inspiradas en unas fórmulas que habían sido válidas durante siglos, y que ahora quedaban, como pronto se vio, faltas de la mínima consistencia sobre la que afrontar y regular la nueva situación. Así percibimos cómo la política de captación sobre la persuasión del primer momento, defendida por el arzobispo fray Hernando de Talavera y el conde de Tendilla, tuvo que dejar paso, ante lo que parecía tibieza, a la del cardenal Cisneros, fundamentada en un amplio sentido de unidad política que alcanzaba también a la religión, con lo que cualquier manifestación de mahometismo fue prohibida y perseguida, junto a costumbres, ritos, fiestas, dieta alimenticia, uso de la lengua...

Julio Caro Baroja nos describe con precisión las diferentes fases que se fueron sucediendo en la aplicación de esta política, y los avances y retrocesos que conllevó, aunque ahora, en su libro, todo aquel mundo abigarrado de costumbres, deseos e intereses nos es presentado desprovisto de la pasión con que, durante siglos, muchos historiadores lo habían hecho, sobre todo los de la etapa romántica, aunque no por ello se prescindiera de que el lector se sienta próximo a aquellos hombres entregados a un destino impuesto por las nuevas fuerzas que habían pasado a dominar aquella sociedad y que como tal se abrían paso en aquel momento histórico. Con ello, el lector viene a ser un testigo que en todo momento trata de comprender, «de ver en lo que es», y por ello se siente capacitado también para no reparar desde la soledad en la comprensión del problema, sino que también se hace presente en él la misericordia, con perseguidores y perseguidos, y hasta la irritación y algún ribete de ironía llegado el caso.

En la segunda parte, Julio Caro Baroja, con gran originalidad, nos presenta las características físicas y climáticas bien diferenciadas que tienen las tierras del reino moro granadino, lo que, consecuentemente, nos conduce a saber de una serie de factores que habían concurrido en buena parte para que se estructurase una sociedad en los aspectos económicos, políticos, cadencia de enfrentamientos militares..., y en particular según las diferentes comarcas que ocupaban dicho suelo. Con énfasis, se profundiza en el principio de solidaridad agnaticia en que la ascendencia viene a jugar un papel definidor y que en el reino granadino, según el historiador Ibn Jaldum, se había atenuado y debilitado aunque no hasta el punto de impedir que en el siglo XVII se formasen sobre ellos los principales focos de resistencia ante las pretensiones de los castellanos, y que Julio Caro Baroja llega a percibir en obras como las *Guerras civiles de Granada*, de Pérez de Hita, y quedó bien reflejado también en escritos de los propios moriscos, como el debido a Fernando Nuñez Muley, personaje de notable personalidad e influencia en la sociedad granadina y, así mismo, cristiana,

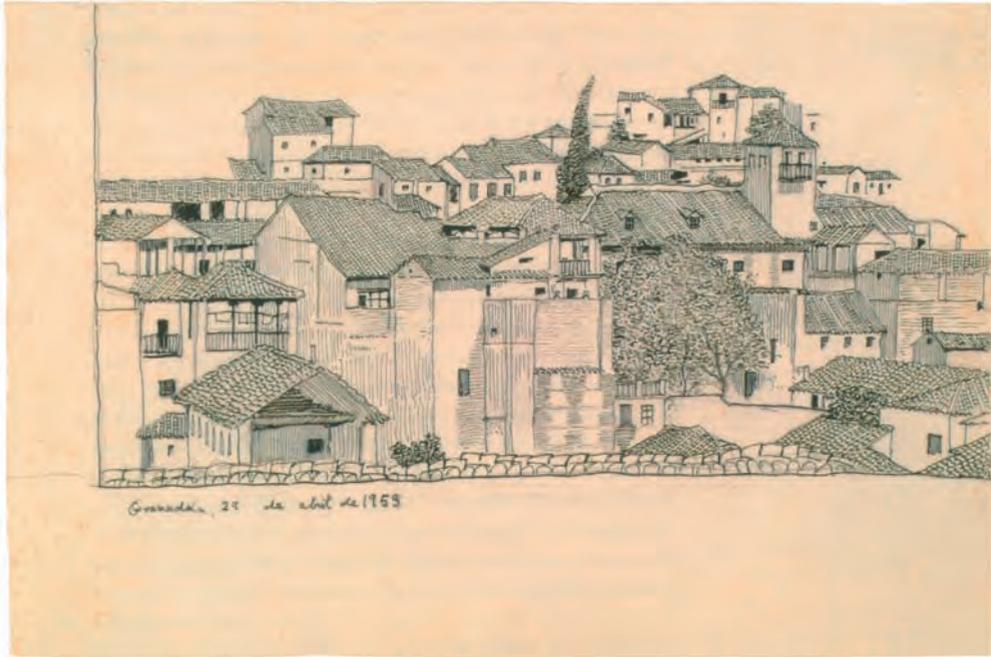
en que muestra el temor que sentía de que se llegasen a perder definitivamente el patrimonio de los gentilicios árabes.

En la tercera parte, se nos presenta la complejidad de aquella sociedad, para lo que contamos con datos demográficos, más o menos precisos, para pasar pronto a tratar de buscar en la gran variedad de personajes que guardaba y que se pueden obtener de los datos y descripciones de obras literarias e históricas, llegando a observar la presencia de cuatro grandes grupos étnicos y sociales, como los *gacis*, los mudéjares antiguos y los *tagarinos*, en que se reunían los procedentes de Estados cristianos, y los *elches* o descendientes de renegados.

Aquella sociedad urbana, con presencia de los fuertes gremios moros que mostraban una vitalidad económica, pronto fue fuente de conflictos y tensiones que la propia organización del trabajo generaba, lo que hizo que se evidenciase como necesario el choque frontal de los intereses de vencidos y vencedores, aunque ello fuese patente a los niveles más inferiores y a pesar del empeño que se puso desde el primer momento por paliarlos. El ámbito de la población rural, con su organización fundada en *tahas*, nos es descrito con intensidad, lo que nos conduce a que podamos comprender los motivos y razones que propiciaron el estallido de la rebelión de 1568, y ello dentro de un cuadro en que se nos ofrece una visión de conjunto sumamente detallada y poderosa, a la vez que se nos argumenta una acabada descripción etnográfica de los moriscos granadinos, de manera que sirve también para la comprensión de los que habrían de repartirse por muchas partes de España, y, también, como contrapunto, de muchas de las reacciones a las que su presencia, ya como cuerpo ajeno que invitaba al rechazo, dio lugar. Por último se nos describe la guerra de las Alpujarras desde diversas perspectivas y la diáspora que siguió a su derrota, una vez que fueron dados por sus vasallos, pasaron a ser tenidos por traidores a su rey, por encima de serlo como enemigos vencidos.

Los moriscos del reino de Granada es, sin duda alguna, un libro singular en la historiografía moderna española y una de las obras maestras de su autor. Más adelante, en muchos de sus libros, volvió sobre los moriscos españoles, prestando especial atención a una serie de personajes prototípicos que por unas u otras circunstancias vinieron a tropezar con la Inquisición, como encontramos en *Vidas mágicas e inquisición* o en *Vidas poco paralelas*, donde aparece una semblanza de Alonso o Alfonso López, «El último abencerraje».

Junto a las *averiguaciones* sobre los moriscos, debemos unir las que por aquellos mismos años Julio Caro Baroja realizó para estudiar el criptojudasmo en la España de los siglos XVI, XVII y XVIII, lo que le llevó a escribir un artículo con este título que incluyó en el libro *Razas, pueblos y linajes* (1957), así como a reflexionar sobre las diversas suertes que habían corrido los linajes de algunos de ellos en España, y que, dentro de una opinión aceptada, había llegado a ser un lugar común que se repetía sin fin, por el que se tenía que tanto los descendientes de los moriscos como de los judíos abundaban sobremanera, aunque perdidos en la sociedad, por haber quedado diluidos dentro de una masa social formada por elementos étnicos de origen diverso.



Julio Caro Baroja, Granada, 29 de abril de 1953.
Dibujo a pluma y lápiz sobre papel, 21 x 31,5 cm. Colección particular.

Frente a todo este cuerpo de tópicos, para él había que resaltar algo que consideró de gran importancia, como era la gran preocupación e inquietud que habían ocasionado los judíos desde el mismo momento de su expulsión a finales del siglo XV, ya fuese por la sola posibilidad de que pudieran regresar o por la presencia más o menos encubierta de algunos de ellos como parte del cuerpo social español en todas las regiones, ante la escasa alarma que de modo paralelo había levantado la de los moriscos desde que fueran expulsados en 1614, pues, por lo que parecía, habían terminado por esfumarse.

Ante este hecho de gran trascendencia social, Julio Caro Baroja se preguntó a qué podía obedecer tan diferente respuesta dada a cada una, de aquellas comunidades que, como tales, al final habían terminado siendo expulsadas. «Tal vez a la fuerza intrínseca del Judaísmo frente a cualquier otro movimiento espiritual o religioso. Acaso a una debilidad ingénita del mahometismo hispánico.»

La realidad histórica mostraba que la España islámica había dado muchos musulmanes poco ortodoxos, y a su vez estaba el hecho de que una parte de ellos había terminado por integrarse en las capas sociales más bajas, lo que pronto hizo que para el cristiano viejo los moriscos, fuesen entrevistados como hombres rústicos, en los que se evidenciaba cierta estupidez así como malos instintos, como quedó patente en numerosos romances populares y escritos de hombres de letras como

Quevedo y otros muchos. Y por el contrario, los descendientes de los conversos judíos, de manera repetida hasta la saciedad, habían aparecido en místicos, santos, literatos, médicos, juristas, financieros, capitanes, caballeros, en títulos de Castilla, e incluso en inquisidores, y en buena parte en la figura del converso, con lo que ello llevaba de manifestación más o menos artificiosa del orgullo de su linaje y de una beligerancia manifiesta contra sus antiguos correligionarios.

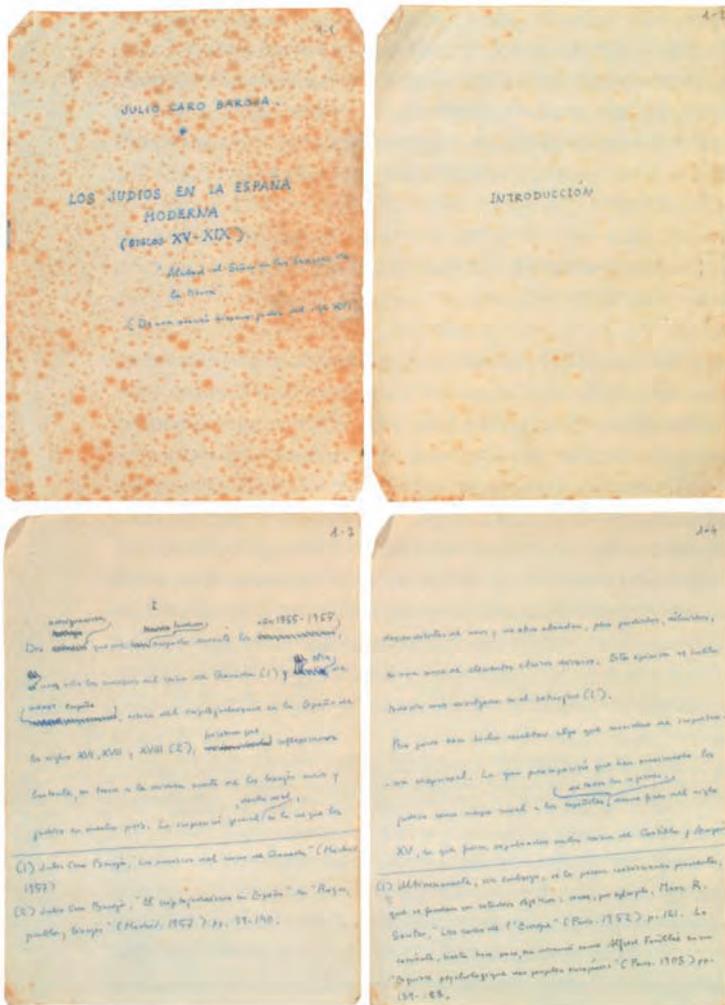
Todo ello había servido para que, sobre una valoración excesiva del papel jugado por los moros y, sobre todo, por los judíos, se hubiesen argumentado interpretaciones del pasado español un tanto absurdas y, si queremos, hasta quiméricas. Y junto a las interpretaciones de ocasión estaba la gran paradoja que se propalaba, pues desde una perspectiva histórico-cultural, con su pretendida influencia en el desarrollo técnico y científico, estaba el hecho de la escasa consideración prestada por la sociedad española de los siglos XVI y XVII a los moros y sus descendientes, frente a la gran atención concedida a los judíos.

La respuesta dada por Julio Caro Baroja se separó de tantas otras encuadradas en marcos rígidos que desde el primer momento buscaban la confirmación de una hipótesis manifiesta y amparada en hechos reducidos a una irrealidad meridiana, aunque brillante, como la de Américo Castro, que había visto el pasado español *destino* al de otras naciones, precisamente por la importancia que en ella tuvieron los judíos; o la de Marcelino Menéndez y Pelayo, también, por razones muy diferentes, en libros como la *Historia de los heterodoxos españoles*, libro que es, como nos dice Julio Caro Baroja, tan admirable como irritante, por sólo apuntar dos referencias.

Para Julio Caro Baroja una obra de historia social que trate este problema debía partir de la oposición de judaísmo y cristianismo como religiones representativas de dos sociedades fuertes en una determinada época de la historia, que habría de comprender el pasado español y el portugués. También estaba la actitud del propio autor que al final del trabajo nos confiesa que para escribirlo «le ha movido más la curiosidad que cualquier impulso emocional», una curiosidad intelectual que le había hecho ahondar en ciertos enigmas que se presentaban como respuesta a una serie de problemas que habían sido planteados por unos autores, y que en parte habían resuelto a su modo al encontrar, tras juzgarlos, «aquí el bien y allí el mal o viceversa», aunque en realidad no quedasen tan claramente resueltos

Pero lo que a mi juicio falta es una obra en la que, precisamente, se analicen los casos que pueden resultar o resultan como consecuencia del conflicto de poderes, entre la religión y el pueblo de Israel de un lado, y el Cristianismo y el Santo Oficio de otro: y los casos equívocos o ambiguos son, tal vez, más dignos de estudio que los otros.

Y es que junto al enfrentamiento de la Iglesia y la Sinagoga, del inquisidor y el rabino, estaban los individuos de carácter variable, es decir los hombres y mujeres «que se vieron envueltos en conflictos hondos por una especie de ley histórica de resultados fatales».



Manuscrito de *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, 1961. Colección particular.

Esos hombres y mujeres, al final, terminaron siendo víctimas y hasta meros juguetes de las sociedades y creencias que aparecían rodeándolos y tomándolos sin dejarles ninguna posibilidad de poder saltar sobre sus propias fuerzas de seres humanos. Así podemos comprender lo que fueron tales sociedades, describirlas con gran detalle, explicarlas dentro de una casuística más o menos ajustada y acertada, o también desde sus credos, y hasta desde una simpatía o antipatía según los casos, que difícilmente se pueden ocultar, aunque, para Julio Caro Baroja, todo esto es secundario, pues, como reconoce en lo que es su punto de partida, lo que le fascinaba era el conflicto como tal que aparecía entre hombres y poderes «casi como prueba de la existencia de un destino ciego y no como un tema de Historia nacional o cultural».

Ante estos problemas había que dejar a un lado las apreciaciones de los profesores eruditos con sus anteojerías pedagógicas y académicas, y, junto a ellos, había que situar a los políticos con sus afanes desproporcionados por afirmar lo que debía ser tenido en cuenta y cómo debía hacerse, pues tanto unos como otros se creen capacitados para orientar e imponer sus «verdades científicas, de opinión y de ideología» con las que adoctrinar a sus públicos y, de paso, a quienes no lo son. En el caso que nos ocupa, Julio Caro Baroja, sostenía que había que tratar de presentar ante todo a los judíos como lo que eran, como seres humanos..., y por ello, desde su postura, pudo confesar, «sin rodeos, al empezar a escribir este libro (*Los judíos en la España moderna y contemporánea*)», que partió «de una posición poco corriente, que es la del que no siente, ni poco ni mucho, como cosa suya los motivos de lucha encarnizada del cristiano con el judío», y es que un historiador, un etnógrafo... tiene que situarse en un punto de partida que permita una perspectiva suficiente.

Tanto los judíos como los cristianos habían partido de una fe, de una creencia en el conocimiento de la realidad divina, lo que otorga siempre un afianzamiento y una seguridad, y como tal se había derivado, durante siglos, una disputa sobre dicho conocimiento religioso, y, como no podía ser de otro modo, casi siempre dentro de la violencia. Julio Caro Baroja se reconoció distante de una postura y de otra, no se sintió *implicado* en ninguna de las dos, y por ello mismo su libro no terminó siendo el de un panegirista al uso ni lo contrario, y es que, en el fondo, consideraba que no era necesario, como es fácil de encontrar, hacer de la historia un folletín.



Cubierta de *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, Madrid, Arión, 1961. Colección particular.



Cubierta de *La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV*, discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia, Madrid, Real Academia de la Historia, 1963. Colección particular.

Quizás, admitía que la suya era la posición de un determinista —casi podría decirse en algunos aspectos, la de un calvinista—, lo que le condujo a interesarse por el papel jugado por las creencias colectivas en las estructuras sociales, así como el desempeñado por la psicología individual en algunos de ellos, y el de las relaciones que mantuvieron con lo que en un principio puede entenderse, con cierta prevención, por cultura. Y para ello debía apoyarse en el método antropológico que él llamó estructuralismo histórico, por el que se viene a considerar a los pueblos como entidades primordiales en toda investigación antropológica, es decir, teniendo en cuenta siempre lo que ha sido el devenir histórico en que se ha enmarcado su pasado, ya que tal realidad es la que ha dado forma a toda colectividad, y por ello, hacer frente al funcionalismo reductor con sus dogmas con la verdadera valoración del tiempo y del espacio.

Los judíos en la España moderna y contemporánea es un trabajo poderoso, sobresaliente en la historiografía española del siglo XX, que toma como punto de partida los orígenes del antisemitismo español para abarcar una panorámica que llega a alcanzar el mundo de nuestro tiempo. En el libro desfilan los más diversos aspectos, desde la posición del judeizante en su caracterización de converso y el choque inevitable con esa institución que fue tan religiosa como política como fue la Inquisición; las diversas visiones y caracterizaciones que se tienen de él en los diferentes siglos; la presencia de personajes singulares en los distintos campos; lo que ha representado y representa el judío en la sociedad española; los problemas que ocasiona su integración, entre los que destaca, en su momento, la presencia de los *estatutos de limpieza de sangre*; la figura del *cristiano nuevo*; los procesos célebres; la literatura antijudía desde los grandes autores hasta la vertida en los pliegos de cordel; la literatura apologética judía...

Un universo en el que se mueven los hombres conforme a sus deseos, intereses, ilusiones, inclinaciones, pasiones, fobias..., y unas veces obrando con mayor o menor desenvoltura y libertad y otras con prevención manifiesta y hasta con miedo, lo que les hizo actuar de manera solapada. Y es este último aspecto, sobre parte del enorme material que había acumulado para llevar a cabo esta obra, lo que le condujo a presentar, sin juzgarlos, la vida de unos hombres que en unas circunstancias muy concretas, como fue la España del reinado de Felipe IV, se vieron obligados a llevar una doble vida con lo que ello representa en todos los órdenes, tanto individualmente o como miembros de una comunidad.

Y con el fin de mostrar este último aspecto, en el discurso de recepción en la Academia de la Historia titulado «La sociedad criptojudía en la corte de Felipe IV» (1963), investigó lo que significó el permanente flujo y reflujo de aparición y encubrimiento que fueron las vidas de muchos de los judíos españoles durante el siglo XVII. En 1963 publicó otros trabajos en los que la figura del judío aparecía siendo objeto de estudio desde otros ángulos, y, también, de meditación, como «El proceso de Bartolomé Febos o Febo», «Destino del judío hispánico», «Sombras y luces en torno a Velázquez»...

BIBLIOGRAFÍA

- JULIO CARO BAROJA, *Estudios saharianos*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1955.
- *Visión de Marruecos a mediados del siglo XV, la del primer historiador de los Xarifes, Diego de Torres*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1957.
- *Estudios mogrebíes*, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1957.
- «Los moriscos aragoneses según un autor de comienzos del siglo XVII», *Razas, pueblos y linajes*, Madrid, Revista de Occidente, 1957.
- *Los moriscos del reino de Granada*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957.
- *Los judíos en la España moderna y contemporánea*, 3 vols., Ed. Arión, 1962.
- *La sociedad criptojudía la corte de Felipe IV*, discurso de ingreso en la Academia de la Historia, Madrid, 1963.